

CAPITOLO 5

Fra «lungo periodo» e «congiuntura». I tempi
dell'Indipendenza dell'America spagnola

Maria Matilde Benzoni

Docutextos

1. CARPENTIER A., 1962/1981, *El siglo de las luces*, Seix Barral, Barcelona, pp. 95-103.

Sanos y enfermos.

GOYA

CUANDO pensaba en la ciudad natal, hecha remota y singular por la distancia, Esteban no podía sino evocarla en colores de aguafuerte, con sus sombras acentuadas por la excesiva luz de lo iluminado, con sus cielos repentinamente cargados de truenos y nubarrones, con sus calles angostas, fangosas, llenas de negros atareados entre la brea, el tabaco y el tasajo. Más carbón que llamas había en el cuadro de un Trópico que, visto desde aquí, se hacía estático, agobiante y monótono, con sus paroxismos de color siempre repetidos, sus crepúsculos demasiado breves, y sus noches caídas del cielo en lo que tardábase en traer las lámparas —largas noches alargadas por el silencio de quienes entraban en el sueño antes de oír la voz del sereno cantando las diez por María Santísima, sin pecado concebida en el primer instante en su Ser Natural... Aquí, en las suntuosas matizaciones de un incipiente otoño que era portentosa novedad para quien venía de islas donde los árboles ignoraban el paso de lo verde a las sanguinas y las sepias, todo era alegría de banderas, florecer de cucardas y escarapelas, flores ofrecidas en las esquinas, leves rebozos y faldas de cívica ostentación, con rojos y azules prodigados a todo trapo. Esteban tenía la impresión —luego de tanto vivir en lo retirado y recoleto— de haber caído en una enorme feria, cuyos personajes y adornos hubiesen sido ideados por un gran intendente de espectáculos. Todo giraba, distraía, aturdí, en el constante barullo de comadres parleras, cocheros que se interpelaban de pescante a pescante, forasteros bigardos, lacayos maledicentes, ociosos, correveidiles, comentadores de lo último ocurrido, lectores de periódicos, discutidores

trabados en apasionados corros con el difundidor de infundios, el mejor-enterado-que-nadie, el que-sabía-de-buena-tinta, el que-había-visto, el que-había-estado-y-podía-contarlo —sin olvidar al muy ardiente patriota metido en vinos, el periodista de tres artículos, el policía que fingía un catarro para justificar el embozo, el antipatriota demasiado patrióticamente ataviado para que el atuendo no le oliera a disfraz, que a todas horas atolondraban el vasto tutilimundi arrabalero con alguna alborotosa novedad. La Revolución había infundido una nueva vida a la Calle —a la Calle, de enorme importancia para Esteban, ya que en ella vivía y desde ella contemplaba la Revolución. «Alegría y desbordamiento de un pueblo libre», pensaba el mozo, oyendo y mirando, orgulloso por el título de «Extranjero amigo de la Libertad» que le otorgaban todos. Podían algunos haberse acostumbrado rápidamente a todo esto; pero él, sacado repentinamente de sus modorras tropicales, tenía la impresión de hallarse en un ambiente exótico —esa era la palabra—, de un exotismo mucho más pintoresco que el de sus tierras de palmeras y azúcares, donde había crecido sin pensar que lo visto siempre pudiera resultar exótico para nadie. Exóticos —exóticos de verdad— le resultaban aquí los mástiles y banderolas, las alegorías y enseñas; los caballotes de anchas grupas, como sacados de un tiovivo imaginado por Paolo Ucello, tan distintos de los jamelgos huesudos y mañosos —buenos hijos de andaluces al fin— de su país. Todo le era espectáculo bueno para detenerse y admirarse: el café era decorado a la manera china, y la taberna cuya enseña se adornaba de un Sileno a horcajadas sobre un tonel. Los funámbulos que al aire libre remedaban las suertes de acróbatas famosos, y el atuador de perros que había instalado su oficina en las orillas del río. Todo era singular, imprevisto, gracioso: el traje del barquillero y el muestrario de alfileres, los huevos pintados de rojo y los pavos, pregonados como «aristócratas» por una desplumadora del Mercado. Cada tienda le resultaba un teatro, con el escaparate-escenario que exhibía perniles de carnero sobre encajes de papel; el de la perfumera, demasiado guapa para hacer creer que viviera de los escasos artículos exhibidos; el de la abani-

quera, y el de aquella otra, hermosa también, de pechos puestos en mostrador, que ofrecía emblemas revolucionarios hechos de mazapán. Todo era listado, encintado, adornado, en tintes de caramelo, de globo Montgolfiero, de soldado de plomo, de estampa para ilustrar un Mambrú. Más que en una revolución, parecía que se estuviera en una gigantesca alegoría de la revolución, en una metáfora de revolución —revolución hecha en otra parte, centrada sobre polos ocultos, elaborada en soterrados concilios, invisibles para los ansiosos de saberlo todo. Esteban, poco familiarizado con los nombres nuevos, ayer ignorados, que se barajaban cada día, no acababa de ver quiénes hacían la revolución. De pronto surgían oscuras gentes de provincia, antiguos notarios, seminaristas, abogados sin causas y hasta extranjeros, cuyas figuras se agigantaban en semanas. La excesiva proximidad de los hechos lo tenía como encandilado, ante tantas caras recién aparecidas en las tribunas y en los clubes donde resonaban, a veces, las voces juveniles de quienes apenas le llevaban unos pocos años. Las asambleas a que asistiera, mezclado con el público, no le traían mayor información: desconociendo a los hombres, desconcertado por un torrencial despilfarro de palabras, se admiraba ante los oradores como hubiera podido hacerlo un lapón repentinamente llevado al Congreso de los Estados Unidos. Este le era simpático, por la expedita dureza de un verbo acerado, con ímpetus de adolescencia; aquél, por las populacheras inflexiones de su vozarrón; el otro, porque su elocuencia era más cáustica e incisiva que la de los demás... Víctor Hugues le resultaba un mal informador en estos momentos, pues tenía pocas oportunidades de verlo. Ambos vivían en un albergue modesto, mal alumbrado y peor ventilado, donde los hedores del carnero, las coles y la sopa de puerros cundían a todas horas, añadiéndose al olor a mantequilla rancia que despedían, por sí mismas, las alfombras raídas. Al comienzo se habían entregado a gozar de la vida de la capital, frecuentando los sitios de diversión y de placer, donde Esteban, mediante muchos excesos y no pocos atentados a su escarcela, lograra amansar la clásica concupiscencia de cuantos extranjeros arriban a las orillas del Sena. Pero, al cabo

de algún tiempo, Víctor, arruinado como lo estaba, sin más monedas que las ganadas en Cuba, se dio a pensar en el mañana, en tanto que Esteban escribía a Carlos, pidiéndole una carta de crédito por intermedio de los señores Laffon, de Burdeos, que representaban las garnachas y moscateles del Conde de Aranda. El francés había cobrado el hábito de salir temprano, desapareciendo hasta muy tarde. Conociéndolo, se abstenía el joven de hacerle preguntas, Víctor era hombre que sólo hablaba de sus logros cuando eran alcanzados, aspirando ya a logros mayores. Entregado a sí mismo, Esteban se dejaba zarandear por el ritmo de cada día, siguiendo los tambores de un desfile de guardias, metiéndose en cualquier club político, sumándose a la manifestación improvisada, más francés que nadie, más revolucionario que quienes actuaban en la revolución, clamando siempre por medidas inapelables, castigos draconianos, escarmientos ejemplares. Sus periódicos eran los extremistas; sus oradores, los más implacables. Cualquier rumor alusivo a una conjura contrarrevolucionaria lo echaba a la calle, armado del primer cuchillo de cocina que encontrara. Con gran enojo de la dueña del hotel donde vivía, se había aparecido una mañana, seguido por todos los niños del barrio, trayendo un retoño de abeto que plantó solemnemente en el patio a título de nuevo Arbol de la Libertad. Un día tomó la palabra en un Club de Jacobinos, dejando atónitos a los presentes con la idea de que, para llevar la Revolución al Nuevo Mundo, bastaba con inculcar el ideal de Libertad a los jesuitas que expulsados de los Reinos de Ultramar, andaban errantes por Italia y Polonia... Los librereros del barrio le llamaban «El Hurón», y él, halagado por el remoquete que unía el recuerdo de Voltaire a la imagen de América, hacía cuanto le fuera posible por chocar con los hábitos de urbanidad del antiguo régimen, alardeando de una franqueza, de una brutalidad verbal, de una crudeza de juicios, que a veces lastimaba a los mismos revolucionarios. «Me jacto de poner los pies en el plato y de mentar la soga en casa del ahorcado», decía, gozándose en ser insoportable y ríspido. Y así iba, haciendo «huronadas» de corro en corro, de mentidero en mentidero, hasta las peñas donde se reunían los españoles de París,

masones y filósofos, filántropos y comecuras, que conspiraban activamente por llevar la Revolución a la Península. Ahí se hacía un perpetuo recuento de Borbones cornudos, de reinas licenciosas e infantes cretinos, ciñéndose el atraso de España a un sombrío cuadro de monjas llagadas, milagrerías y harapos, persecuciones y atropellos, que sumían cuanto existiera entre los Pirineos y Ceuta en las tinieblas de una godarria rediviva. Comparábase ese país dormido, tiranizado, falto de luces, con esta Francia esclarecida, cuya revolución había sido saludada, aplaudida, aclamada, por hombres como Jeremías Betham, Schiller, Klopstock, Pestalozzi, Robert Bruce, Kant y Fichte. «Pero no basta con llevar la Revolución a España; también hay que llevarla a América», decía Esteban en esas reuniones, hallando siempre la aprobación de un Feliciano Martínez de Ballesteros, venido de Bayona, que pronto le fue simpático por su gracia en narrar anécdotas y porque, a veces, dábase a cantar tonadillas de Blas de Laserna, acompañándose con garbo y salero en un viejo clavicordio arrinconado. Era maravilla oír entonces a los españoles concertados en torno al teclado para contrapuntear la copla de:

Cuando Majoma vivía
Allá en la era pasada
Era tanto lo que bebía
Que del suelo se elevaba
Con las monas que cogía,
Con las monas que cogía.

Usaban todos, en son de alarde, un chaleco de venta prohibida por Real Disposición en los dominios de España y de América, en cuyo forro se ostentaba la palabra *Libertad* bordada con hilo rojo. Y eran proyectos de invasión, levantamientos de provincias, planos de desembarcos por Cádiz o por la Costa Brava, con nombramiento de ministros esclarecidos, fundaciones de periódicos imaginarios, redacciones de proclamas, los que llenaban las noches de la tertulia, dando a cada cual el gusto de escucharse a sí mismo, en una habladuría que rompía cris-

El tono de sus cartas y unas traducciones de poemas latinos que le había mandado... Pero no todo era, para Esteban, pasarse las noches en animadas tertulias y andar de apanatas por las calles, asistiendo a desfiles y celebraciones cívicas. Un día memorable fue iniciado en la Logia de los Extranjeros Reunidos, penetrando en el vasto mundo fraternal y laborante que Víctor sólo le hubiera revelado a retazos. Para él habían encendido el Templo, resplandeciente y arcano, donde, al fulgor de las espadas, le tocaba andar, trémulo y deslumbrado, hacia las Columnas Jachim y Boaz, el Delta y el Tetragrama, el Sello de Salomón, y la Estrella del Número de Oro. Allí estaban, enmarcados en sus aureolas y emblemas, los Caballeros Kadosh, los Caballeros de la Resacruz y los Caballeros de la Serpiente de Bronce y los Caballeros del Arca Real y los Príncipes del Tabernáculo y los Príncipes del Líbano y los Príncipes de Jerusalén, y el Gran Maestro Arquitecto y el Sublime Príncipe del Real Secreto, hacia cuyos Grados comenzaría la ascensión de Quien, demudado por la emoción, sintiéndose indigno de tanto honor, avanzaba

hacia los misterios del Grial, de la transformación de la Piedra Bruta en Piedra Cúbica, de la Resurrección del Sol en la Acacia, en el seno de una Tradición conservada, recobrada que, retrocediendo vertiginosamente en el tiempo, alcanzaba las grandes ceremonias iniciáticas del Egipto, a través de Jacobo Boehme, las Bodas Químicas de Christian Rosencreutz y el Secreto de los Templarios. Esteban se había sentido Uno con Todo, alumbrado, iluminado, ante el Arca que ahora había de edificar en su propio ser, a semejanza del Templo construido por el maestro Hiram-Abi. Estaba en el centro del Cosmos: sobre su cabeza se abría el Firmamento; sus pies hollaban el camino que conduce del Occidente al Oriente. Salido de las sombras del Gabinete de Reflexión, desnudo el pecho en el lugar del corazón, desnuda la pierna derecha, descalzo el pie izquierdo, el Aprendiz había respondido a las tres preguntas rituales sobre lo que el Hombre debía a Dios, a Sí mismo y a los Demás, al cabo de las cuales se habían agrandado las luces, las altas luces de un Siglo hacia cuyo prodigioso acontecer había ido ciegamente, vendido, como arrastrado por una voluntad superior, desde la tarde de los Grandes Incendios de Port-au-Prince. Entendía, ahora, el exacto sentido de la alucinada navegación —semejante a la de Perceval en busca de sí mismo— hacia la Ciudad Futura que, por una vez, no se había situado en América, como la de Tomás Moro o la de Campanella, sino en la propia cuna de la Filosofía... Aquella noche, incapaz de dormir, anduvo hasta la madrugada por barrios viejos, resudados de pátina, cuyas callejas tortuosas le eran desconocidas. Inesperadas esquinas, de agudo vértice, se le venían encima como las proas de gigantescas naves, sin mástiles ni velas, cubiertas de chimeneas que se pintaban sobre el cielo con fantástica apostura de caballeros armados. Sin revelar la naturaleza exacta de sus formas, emergiendo de tinieblas y claroscuros, aparecían andamios, muestras, letras recortadas en hierro, banderas dormidas. Allí se hacinaban las diabras de un mercado; allá, colgaba una rueda, sobre los mimbres enmarañados de cestas a medio tejer. Un percherón fantasmal hacía tremolar los belfos, de pronto, en el fondo de un patio

donde una carreta alzaba las barras del tiro, en un rayo de luna, con la inquietante inmovilidad del insecto que se dispone a disparar los dardos. Siguiendo la ruta de los antiguos peregrinos de Santiago, Esteban se detuvo donde el cielo, al cabo de la calle, parece esperar a quien tramonete la cuesta, regalando ya el olor del trigo segado, el buen augurio de los tréboles, el húmedo y cálido aliento de los lagares. El joven sabía que era mera ilusión; que arriba había otras casas, y muchas más donde se intrincaban los suburbios. Por lo mismo, detenido donde había de detenerse para no perder los privilegios de una celestial y fastuosa perspectiva, contemplaba lo que durante siglos hubiesen mirado, entonando cánticos, los hombres de veneras, bordón y esclavina, que tanto habían arrastrado sus sandalias por este rumbo, sintiéndose más cerca del Pórtico de la Gloria, cuando a menos jornadas le quedaban el Hospital de San Hilario de Poitiers, las Landas resinosas y el descanso de Bayona, anunciadores de la fusión de las Cuatro Vías de los Romeros, en Puente de la Reina del Valle de Aspe. Y habían pasado por ahí de año en año, generación tras generación, movidos por un incabable fervor, marchando hacia la sublime obra del Maestro Mateo, quien, de seguro —no podía haber duda en esto—, habría sido masón como Brunelleschi, Bramante, Juan de Herrera, o Erwin Steinbach, el edificador de la Catedral de Estrasburgo. Pensando en su iniciación, Esteban se sintió ignorante y frívolo. Toda una literatura necesaria a su perfección le era ajena. Mañana mismo compraría los libros útiles, enriqueciendo, por cuenta propia, las enseñanzas elementales recibidas hasta ahora... Así, menos sensible que antes al alboroto revolucionario que a todas horas agitaba las calles, se dio a estudiar durante largas noches, enterándose mejor del secreto, pero seguro, tránsito del Ternario a través de los tiempos. Un día —serían las siete— lo halló Víctor despierto, soñando con la Estrella Absintio del Apocalipsis, después de abismarse en la prosa de *La Venida del Mesías* de Juan Josaphat Ben Ezra, autor cuyo nombre ocultaba, bajo su empaque arábigo, la personalidad de un activo laborante americano. «¿Quieres trabajar para la Revolución?», le preguntó la

voz amiga. Sacado de sus meditaciones lejanas, devuelto a la apasionante realidad inmediata que no era, en suma, sino un primer logro de las Grandes Aspiraciones Tradicionales, respondió que sí, que con orgullo, que con entusiasmo, y que ni siquiera permitía que su fervor, su deseo de trabajar por la Libertad, pudiese ser puesto en duda. «Pregunta por mí, a las diez, en el despacho del ciudadano Brissot —dijo Víctor, que estrenaba un traje nuevo, de muy buena factura, con unas botas que aún sonaban a cordobán de almacén—. ¡Ah! Y si viene al caso hablar de eso: nada de masonerías. Si quieres estar con nosotros, no vuelvas a poner los pies en una Logia. Demasiado tiempo hemos perdido ya con esas pendejadas». Advirtiendo la expresión asombrada de Esteban, añadió: «La masonería es contrarrevolucionaria. Es cuestión que no se discute. No hay más moral que la moral jacobina». Y, tomando un *Catecismo del Aprendiz* que estaba sobre la mesa, lo rompió por el canto de la encuadernación, arrojándolo al cesto de papeles.

2. CARPENTIER A., 1962/1981, *El siglo de las luces*, Seix Barral, Barcelona, pp. 152-173.

XXI

Todavía quedaban algunos focos de resistencia en la Basse-Terre. Pero el arresto de los hombres traicionados por Graham se esfumaba en cuanto lograban apoderarse de alguna balandra para huir a una isla vecina. Cuando cayó el Fort-Saint-Charles, dióse por terminada la cam-

paña. La Désirade y la María Galante —cuyo gobernador, ex constituyente pasado al servicio de Inglaterra, prefirió suicidarse antes de presentar combate— estaban en poder de los franceses. Víctor Hugues era dueño de la Guadalupe, pudiendo anunciar a todos que ahora se trabajaría en paz. Y, para apoyar sus palabras con algún gesto simbólico, plantó los árboles que habrían de dar sombra en el futuro a la Place de la Victoire. Entonces tuvo lugar el acontecimiento que todos esperaban, desde hacía tiempo, con angustiada curiosidad: La guillotina empezó a funcionar en público. El día de su estreno, en las personas de dos capellanes monárquicos que habían sido sorprendidos en una granja donde se ocultaban fusiles y municiones, la ciudad entera se volcó en el ágora donde se alzaba un fuerte tablado con escalera lateral, al estilo de París, montado en cuatro horcones de cedro. Y como las modas republicanas ya se habían insinuado en la colonia, aparecieron mestizos vestidos de cortas chaquetas azules y pantalón blanco listado de rojo, en tanto que las mulatas lucían madracas nuevos con los colores del día. Nunca pudo verse una multitud más alegre y bulliciosa, con aquellos tintes de añil y de fresa que parecían tremolar al mismo ritmo de las banderas, en la mañana límpida y soleada. Las fámulas del Comisario estaban asomadas a las ventanas, gritando y riendo —y riendo más aún cuando la estremecida mano de un oficial se les subía por encima de las corvas. Muchos niños se habían trepado al techo de los edificios para ver mejor. Humeaba la fritura, derramábanse las jarras de jugos y garapiñas, y el ron clarín, tempranamente bebido, sobrealzaba los ánimos. Sin embargo, cuando Monsieur Anse se presentó en lo alto del patíbulo llevando sus mejores ropas de ceremonia —tan grave en su menester como bien descañonado por el barbero— se hizo un hondo silencio. Pointe-à-Pitre no era el Cabo Francés, donde, desde hacía tiempo, existía un excelente teatro, alimentado de novedades por compañías dramáticas de tránsito para la Nueva Orleáns. Aquí no se tenía nada semejante; nunca habíase visto un escenario abierto a todos, y por lo mismo descubrían las gentes, en aquel momento, la esencia de la Tragedia. El Fatum estaba ya presente,

con su filo en espera, inexorable y puntual, acechando a quienes, por mal inspirados, habían vuelto sus armas contra la Ciudad. Y el espíritu del Coro se hallaba activo en cada espectador, con las estrofas y antiestrofas que brincaban y rebrincaban por encima del tablado. De pronto apareció un Mensajero, abrieron paso los Guardias, y la carreta hizo su entrada en el vasto decorado de la Plaza Pública, trayendo a los dos condenados, de manos unidas por un mismo rosario, encima de las muñecas amarradas. Se oyeron solemnes redobles de cajas; funcionó la báscula, cargando con el peso de un hombre obeso, y cayó la cuchilla en medio de un clamor de expectación. Minutos después, las dos primeras ejecuciones estaban consumadas... Pero no se dispersó la multitud, acaso sorprendida, al momento, de que el espectáculo trágico hubiese sido tan breve —con aquella sangre aún fluida que se escurría entre las rendijas del escenario. Pronto, por sacarse del horror que los tenía como estupefactos, pasaron muchos, repentinamente, al holgorio que habría de alargar aquel día que ya se daba por feriado y de asueto. Había que lucir las ropas recién estrenadas. Había que hacer algo que fuese afirmación de vida ante la Muerte. Y como los bailes de figuras eran los más apropiados para valorar atrevidos y alborotar el tornasol de las faldas carmañolas, se dieron algunos a armar contradanzas de adelantar y retroceder en ringlera, mudar de parejas, hacerse reverencias y contonear las cinturas, desatendiendo a los bastoneros improvisados que trataban, en vano, de mantener alguna compostura en las filas y grupos. Al fin, tanta era la algarabía, tantas eran las ganas de bailar y saltar y reír y gritar, que se liaron todos en una enorme rueda, pronto rota en farándula, que, luego de dar vueltas en torno a la guillotina, se lanzó a las calles aledañas, yendo y regresando, invadiendo traspacios y jardines, hasta la noche. Ese día se inició el Gran Terror en la isla. No paraba ya la Máquina de funcionar en la Plaza de la Victoria, apretando el ritmo de sus tajos. Y como la curiosidad por presenciar las ejecuciones era siempre viva donde todos se conocían de vista o de tratos —y guardaba éste sus rencores contra aquél, y no olvidaba el otro alguna humi-

llación padecida...— la guillotina empezó a centralizar la vida de la ciudad. El gentío del Mercado se fue mudando a la hermosa plaza portuaria, con sus aparadores y hornillas, sus puestos esquineros y tenderetes al sol, pregonándose a cualquier hora, entre desplomes de cabezas ayer respetadas y aduladas, el buñuelo y los pimientos, la corosola y el hojaldre, la anona y el pargo fresco. Y como era muy apropiado para tratar negocios, el lugar se transformó en una bolsa volante de escombros y cosas abandonadas por sus amos, donde a subasta podía comprarse una reja, un pájaro mecánico o un resto de vajilla china. Allí se cambiaban arneses por marmitas; naipes por leña; relojes de gran estilo por perlas de la Margarita. En un día se elevaban, el mostrador de hortalizas, el escaparate de buhonerías, a la categoría de tienda mixta —tremendamente mixta— donde aparecían baterías de cocina, salseras armoriadas, cubiertos de plata, piezas de ajedrez, tapicerías y miniaturas. El patíbulo se había vuelto el eje de una banca, de un foro, de una perenne almoneda. Ya las ejecuciones no interrumpían los regateos, porfías ni discusiones. La guillotina había entrado a formar parte de lo habitual y cotidiano. Se vendían, entre perejiles y oréganos, unas guillotinas minúsculas, de adorno, que muchos llevaban a sus casas. Los niños, aguzando el ingenio, construían unas maquinillas destinadas a la decapitación de gatos. Una hermosa parda, muy distinguida por un Lugar-teniente de De Leyssegues, ofrecía licores a sus invitados en unos frascos de madera, de forma humana, que al ser colocados en una báscula largaban los tapones —con graciosos rostros pintados, claro está— bajo la acción de una cuchilla de juguete, movida por un pequeño verdugo automático. Pero, a pesar de las muchas novedades y diversiones traídas en aquellos días a la vida pastoril y recoleta de la isla, podían observar algunos que el Terror empezaba a descender los peldaños de la condición social, segando ya a ras del suelo. Sabedor de que numerosos negros, en la comarca de las Abysses, se negaban a trabajar en el cultivo de fincas expropiadas, alegando que eran hombres libres, Víctor Hugues hizo apresar a los más díscolos, condenándolos a la guillotina. Esteban observaba, con al-

guna extrañeza por lo demás, que el Comisario, después de tanto haber pregonado la sublimidad del Decreto del 16 Pluvioso del Año II, no mostraba mayor simpatía hacia los negros: «Bastante tienen con que los consideremos como ciudadanos franceses», solía decir con tono áspero. Algún prejuicio racial le quedaba de su larga permanencia en Santo Domingo, donde los colonos habían sido particularmente duros en el trato de sus esclavos —siempre calificados de holgazanes, idiotas, ladrones, cimarrones en potencia, «propres-à-rien», por quienes los hacían trabajar de sol a sol. Los soldados de la República, por otra parte, muy llevados hacia la carne parda cuando de hembras se trataba, no perdían oportunidad de apalear y azotar a los negros con cualquier pretexto, reconociendo sin embargo que algunos, como un corpulento leproso llamado Vulcano, llegaban a ser magníficos artilleros. Hermanados en la guerra, negros y blancos se dividían en la paz. Por lo pronto, Víctor Hugues decretó el trabajo obligatorio. Todo negro acusado de perezoso o desobediente, discutidor o levantisco, era condenado a muerte. Y como había que llevar el escarmiento a toda la isla, la guillotina, sacada de la Plaza de la Victoria, se dio a viajar, a itinerar, a excursionar: el lunes amancía en Le Moule; el martes trabajaba en Le Gozier, donde había algún convicto de holgazanería; el miércoles daba razón de seis monárquicos, ocultos en la antigua parroquia de Sainte-Anne. La llevaban de pueblo en pueblo, pasándola por las tabernas. El ejecutor y sus asistentes la ponían a funcionar en vacío, mediante copas y propinas, para que todos quedaran enterados de su mecanismo. Y como en esos paseos no podía trasladarse la escolta de rodoblantes que, en la Pointe-à-Pitre, servía para acallar cualquier gritería postera de los condenados, cargaban con una gran tambora en el carricoche —tambora que comunicaba una feriante alegría a las demostraciones. Los campesinos, deseosos de comprobar la fuerza de la máquina, ponían troncos de bananos en la báscula —nada se parece más a un cuello humano, con su haz de conductos porosos y húmedos, que un tronco de banano— para ver cómo quedaban cercenados. Y hasta llegóse a demostrar, por zanzar una porfía,

que la cuchilla no era detenida por un mazo de seis cañas de azúcar. Luego, los festejados visitantes proseguían el viaje hacia el lugar de su destino, fumando y cantando al compás de la tambora, con los gorros frigos pasados de rojo a castaño por el sudor. La báscula, al regreso, cargaba con tantas frutas que parecía llevada por la Carreta de la Abundancia.

A comienzos del Año III, Víctor Hugues se vio alzado a la cima del éxito. La Convención, entusiasmada con las noticias recibidas, ratificaba todos sus ascensos militares, aprobaba sus nombramientos y decretos, felicitándolo con prosas de panegírico y anunciándole el envío de refuerzos, en soldados, armas y municiones. Pero ya el Comisario no los necesitaba: su leva forzosa había creado un ejército de diez mil hombres, satisfactoriamente adiestrados. En todos los puntos vulnerables de la costa, procedíase a realizar obras de fortificación. Las confiscaciones de bienes habían llenado las arcas, y los almacenes estaban repletos de cuanto fuese necesario. Durante su viaje a la otra mitad de la isla, Víctor Hugues —recordando que allí hubiera estado, muchos años antes— se había enternecido ante la belleza de la ciudad de Basse-Terre, toda rumorosa de aguas vivas, de fuentes públicas que hacían reinar una deliciosa frescura en las avenidas plantadas de tamarindos. Era una población más hidalga y linajuda que la Pointe-à-Pitre, con sus calles empedradas, su malecón umbroso, sus casonas de cantería que evocaban rincones de Rochefort, de Nantes, de la Rochela. De buenas ganas hubiera trasladado el Comisario su residencia a la quieta y acogedora parroquia de Saint-François; pero el puerto para la descarga del ganado traído de las islas cercanas —ganado que era arrojado por sobre las bordas, al llegar, para que fuese nadando hasta la orilla—, era de escaso resguardo para su flota. Prosiguiendo su viaje de jefe triunfante, se vio aclamado por los leprosos de la Désirade, los «pequeños blancos» de María Galante, y hasta por los indios caribes de aquella isla, que solicitaron, por boca de su cacique, el honor de ser acogidos a los beneficios de la ciudadanía francesa. Sabiendo que aquellos

hombres eran magníficos marineros, muy conocedores de un archipiélago que recorrían con sus veloces barcas desde mucho antes de que aparecieran las naves del Gran Almirante de Isabel y Fernando por esos parajes, repartió escarapelas y prometió cuanto pidieron. Víctor Hugues mostraba una mayor simpatía hacia los caribes que hacia los negros: le agradaban por su orgullo, su agresividad, su altanera divisa de «Sólo el caribe es gente» —y más ahora que llevaban cucardas tricolores en el amarre del taparrabos. En su visita a la María Galante, el Comisario se hizo mostrar la playa donde esos frustrados conquistadores de las Antillas hubieran empalado a unos bucaneros franceses que, muchos años atrás, habían tratado de quitarles algunas mujeres. Todavía quedaban esqueletos, huesos, cráneos, en las estacas plantadas junto al mar: atravesados por la madera como los insectos alfilerados de un naturalista, los cadáveres habían atraído a tantos y tantos buitres, durante varios días, que la costa, vista a distancia, parecía cubierta de una bullente lava... Colmado de agasajos y aclamaciones, el Comisario no dejaba de tener presente, sin embargo, que los ingleses rondaban por estos mares, pretendiendo ejercer una suerte de bloqueo. Víctor solía encerrarse, de noche, en compañía de De Leyssegues, quien ya lucía galones de contraalmirante, para trazar los planes de una acción naval que abarcaría todo el ámbito del Caribe. El proyecto era tenido en gran secreto y en ello se estaba cuando Esteban, al entrar un día en el despacho del Comisario, lo encontró despeinado, sudoroso, con el rostro crispado por la ira. Daba vueltas a la gran mesa del consejo, deteniéndose tras de los funcionarios que, abandonando sus tareas, se disputaban las hojas de periódicos recién llegados. «¿Te has enterado?», gritó al joven, señalando una noticia con mano temblorosa. Allí se estampaba la increíble crónica de lo ocurrido en París, el 9 Thermidor. «¡Miserables! —clamaba Víctor—. Han derribado a los mejores». Lo desmedido del suceso tenía estupefacto a Esteban. Todo, además, cobraba un relieve doblemente dramático por obra de la distancia. Como quien lleva en la mente la imagen de un objeto largamente contemplado, teniéndolo por presente aun cuando acaso el

objeto hubiera desaparecido, habíase hablado, en esta misma sala, en presente, en función de realidad inmediata y hasta de futuro, de un hombre que había dejado de existir varios meses antes. Cuando se estaba discutiendo, aquí mismo, el Culto del Ser Supremo, su instaurador había lanzado ya, al pie del patíbulo, la terrible queja que le arrancara el dolor de su quijada rota, brutalmente despegada del vendaje por un gesto del verdugo. Para Víctor Hugues, el hecho era doblemente atroz, sugiriendo tales implicaciones que se negaba la mente a poner un coto a las conjeturas. No sólo se había desplomado el gigante cuyo retrato seguía bien colgado, allí, donde todos podían contemplarlo tal como se mostrara en los días de su mayor gloria; no sólo se veía privado el Comisario de quien le había otorgado su confianza, dándole poderes y autoridad, sino que ahora tendría que esperar semanas y semanas, y acaso meses, para saber del giro que tomaban los acontecimientos en Francia. Era probable que la reacción se tomaría un implacable desquite. Acaso se tenía un gobierno nuevo que destruiría todo lo hecho por el anterior. En la Guadalupe aparecerían nuevos Investidos de Poderes, con el semblante hosco, el gesto negador, cargando con misteriosas órdenes. El informe pasado por Víctor Hugues a la Convención acerca de la matanza de Berville podía volverse contra él. Acaso estaba ya destituido, o abocado a un proceso que tanto podía significar el término de su carrera como el fin de su vida. Leía y releía los nombres de los caídos de Thermidor, como si pudiese descifrar en ellos las claves de su destino. Algunos de los presentes insinuaban a media voz que ahora se entraría en un período de lenidad, de indulgencia, de restablecimiento de los cultos. «O de restauración monárquica», pensaba Esteban, a quien la idea producía a la vez una impresión de alivio, de paz recobrada después de tantas tormentas y un sentimiento de repulsa, de execración del Trono. Si tanto se habían afanado los hombres; si tantos habían profetizado, sufrido, aclamado, caído, entre los incendios y arcos de triunfo de un vasto sueño apocalíptico, era menester que, al menos, el Tiempo no se retrovertiera. La sangre entregada no iría a trocarse ya por viejas gual-

das reales. Podía surgir aún algo justo; acaso más justo que lo que tantas veces hubiera dejado de serlo por demasiado hablarse —había sido uno de los males de la época— en términos de abstracción. Podía ponerse la esperanza en una Libertad más disfrutada y menos pregonada; en una Igualdad menos derrochada en palabras, más impuesta por las leyes; en una Fraternidad que menos caso hiciera de la delación y se manifestara en el restablecimiento de tribunales verdaderos, nuevamente provistos de jurados... Víctor seguía paseando, más calmado, a lo largo de la sala, con las manos en las espaldas, acabando por detenerse ante el retrato del Incorruptible. «Pues aquí todo seguirá como antes —dijo al fin—. Yo ignoro esta noticia. No la acepto. Sigo sin conocer más moral que la moral jacobina. De aquí no me sacará nadie. Y si la Revolución ha de perderse en Francia seguirá en América. Ha llegado el momento de que nos ocupemos de la Tierra Firme». Y volviéndose hacia Esteban: «Vas a traducir inmediatamente al español la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y el texto de la Constitución». «¿La del 91 ó la del 93?», preguntó el joven. «La del 93. No conozco otra. Es necesario que de esta isla salgan las ideas que habrán de agitar a la América Española. Si tuvimos algunos partidarios y aliados en España, también los tendremos en el Continente. Y acaso más numerosos, porque los descontentos más abundan en las colonias que en la Metrópoli».

XXII

Cuando el viejo camisardo Loeuillet supo que tendría que imprimir textos en castellano se percató con espanto, que no había traído «eñes» en sus cajas de tipos. «¿A quién se le ocurre figurar ese sonido en una letra disfrazada? —decía, furioso consigo mismo—. ¿Se imaginan que una noble y majestuosa palabra como «Cygne» pueda escribirse «Ciñe»?» El hecho de que no hubiese sido adver-

tido, además, demostraba la desorganización y el desorden en que vivían los hombres que pretendían gobernar el mundo: «¡No se les ocurre pensar que en castellano se usan tildes! —clamaba—. ¡Partida de ignorantes!» Al fin resolvió que las tildes serían sustituidas por acentos circunflejos, recortados de otras letras, lo cual complicaría considerablemente el trabajo de composición. Pero pronto quedó impresa la *Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano*, entregándose la edición a las oficinas del Comisario, donde reinaba una pesada atmósfera de desconcierto y de zozobra. El viento de Thermidor soplaba sobre muchas conciencias. Las críticas que algunos habían guardado para sí empezaban a expresarse en conciliábulos, desconfiados de quien demasiado se acercara. Cuando Esteban llevó a Loeuillet su versión española de la Constitución del 93, el tipógrafo le hizo observar cuán capciosos eran los manejos de una propaganda que se apoyaba en planteamientos ideales para crear la ilusión de una realidad alcanzada donde, precisamente, esa realidad no había sido alcanzada —en terreno donde las mejores intenciones habían tenido hasta ahora, pavorosos rebotes. Acaso los americanos tratarían, ahora, de aplicar unos principios que el Terror había atropellado en su casi totalidad, para tener que violarlos a su vez, urgidos por las contingencias políticas del momento. «Aquí no se habla de los filos ni de los pontones», decía el camisardo, haciendo alusión a las gabarras que aún llenaban todos los puertos atlánticos de Francia, con sus gimientes cargas de cautivos —como aquella del *Bohomme Richard*, tristemente famosa, cuyo nombre, evocador del Almanaque de Benjamín Franklyn, sonaba como un sarcasmo. «Volvamos a nuestros impresos», decía Esteban. Por lo pronto había que cumplir con una faena diaria, que el joven realizaba a conciencia, hallando una suerte de descanso, de alivio a sus cavilaciones, en traducir lo mejor posible; se volvía minucioso, casi purista, en la búsqueda del vocablo exacto, del mejor sinónimo, de la puntuación adecuada, sufriendo porque el castellano de hoy se mostrara tan remiso a aceptar los giros concisos y modernos del idioma francés. Encontraba algo como un placer estético en traducir bien,

aunque el contenido de la frase le fuera indiferente. Pasaba días en pulir la versión de un informe de Billaud-Varennes acerca de «La Teoría del Gobierno Democrático, y la necesidad de inspirar el amor a las virtudes civiles por medio de festejos públicos e instituciones morales», aunque la prosa amazacotada de quien invocaba continuamente las sombras de los Tarquinos, de Catón y de Catilina, le pareciera algo tan pasado de época, tan falso, tan fuera de actualidad, como la letra de los himnos masónicos que le enseñaran a cantar, antaño, en la Logia de los Extranjeros Reunidos. Los Loeuillet, padre e hijo, acudían a su competencia para llevar a cabo su difícil trabajo de componer textos en un idioma desconocido, pidiéndole la explicación de cualquier signo ortográfico o un consejo sobre la correcta división de tal palabra al final de una línea. El viejo camisardo cuidaba de la presentación de sus páginas con amor de buen artesano, lamentando la carencia de un colofón o una viñeta alegórica para cerrar bellamente un escrito. Ni el redactor-traductor, ni los tipógrafos creían mucho en las palabras que por su obra serían multiplicadas y difundidas. Pero ya que se trabajaba, había que hacerlo correctamente, sin atropellar el idioma ni negar al papel lo que era del papel. Ahora procedíase a la impresión de una «Carmañola Americana», variante de otra anterior, escrita en Bayona, que se destinaba a los pueblos del Nuevo Continente:

Copla: Yo que soy un sin camisa
un baile tengo que dar
y en lugar de guitarras
cañones sonarán,
cañones sonarán,
cañones sonarán.

Estribillo: Bailen los sin camisa
y viva el son y viva el son,
bailen los sin camisa
y viva el son del cañón.

Copla: Si alguno quisiera saber
por qué estoy descamisado:
resulta que con los tributos

el Rey me ha desnudado,
el Rey me ha desnudado,
el Rey me ha desnudado.

Estribillo: Bailen los sin camisa...

Copla: Todos los reyes del mundo
son igualmente tiranos,
y uno de los mayores
es el infame Carlos,
es el infame Carlos,
es el infame Carlos.

Estribillo: Bailen los sin camisa...

En las coplas siguientes, con perfecto conocimiento de las realidades americanas, daba el autor anónimo su merecido a los Gobernadores, Corregidores y Alcaldes; al Justicia en las Audiencias; a los Intendentes y Administradores, cómplices de la Corona. Y no debía el coplero ignorar el culto al Ser Supremo, cuando escribía más allá: «Dios protege nuestra causa, — El dirige nuestro brazo, — que el Rey con sus delitos — su Justicia ha irritado». «¡Viva el amor a la patria! —concluía— ¡y viva la libertad! — ¡Perezcan los tiranos — y el despotismo real!» No de otro modo se habían expresado siempre los conspiradores españoles de Bayona, de quienes tenía Esteban confusas noticias. Estaba seguro, eso sí, de que Guzmán, el amigo de Marat, había sido guillotinado. Del Abate Marchena se decía que acaso —no era seguro— hubiese escapado a la barrida de Girondinos. En cuanto al bueno de Martínez de Ballesteros, seguiría buscando una razón de vivir —de sobrevivir— prestando sus servicios a una Revolución totalmente distinta de la que hubiera encendido sus entusiasmos primeros. En esos tiempos, una velocidad adquirida, un impulso aún activo, tenía a muchos hombres laborando en un mundo diferente del que hubiesen querido forjar, desengañados, amargados, pero incapaces —tal los Loeuillet— de no cumplir cabalmente con su impuesta faena cotidiana. Ya no opinaban: vivir era lo principal —trabajándose en algo que permitiese regresar cada

mañana a la paz del oficio. Y se vivía al día, pensándose en la recompensa de una copa a media tarde, un baño de agua fresca, la brisa que llegaría con el anochecer, el florecimiento de un azahar, la moza que hoy vendría, acaso, a holgarse con uno. En medio de acontecimientos de una tal magnitud que rebasaba los poderes de información, medida y valoración del hombre corriente, era prodigiosamente divertido, de pronto, observar las transformaciones de un insecto mimético, los manejos nupciales de un escarabajo, una súbita multiplicación de mariposas. Nunca percibió tanto Esteban el interés de lo muy pequeño —titilación de renacuajos en un barril lleno de agua, brote de un hongo, hormigas que roían las hojas de un limonero dejándolo como encaje— como en esos tiempos llevados hacia lo universal y desmedido. Una linda mulata había entrado en su habitación, un día, con el fútil pretexto de pedirle pluma y tinta, llevando ajorcas de lucimiento y faldas muy planchadas sobre las rumorosas enaguas olientes a vetiver. Media hora después de que los cuerpos se hubieran confundido en deleitoso intríngulis, la mujer, sin una cinta que la vistiera, se había presentado con una grácil reverencia: «*Mademoiselle Athalie Bajazet, coiffeuse pour dames*» «¡Maravilloso país!», había exclamado el joven, olvidando sus preocupaciones. Desde entonces, Mademoiselle Athalie Bajazet dormía todas las noches con él. «Cada vez que se quita las faldas, me regala dos tragedias de Racine», decía Esteban a los Loeuillet, entre carcajadas... Llamado por menesteres de su contabilidad —tenía que hacer el inventario de ciertos cargamentos traídos a los puertos de la isla— iba el joven alguna vez a la Basse-Terre, metiendo el caballo en accidentados caminos donde la vegetación era particularmente frondosa por los muchos arroyos y torrentes que bajaban de los Mornes, siempre envueltos en nieblas y vapores. En esas andanzas iba descubriendo una vegetación semejante a la de su isla natal, cuyo conocimiento entero le vedara la enfermedad, y que ahora le venía al encuentro, llenando la laguna que perduraba en el reciente acontecer de su adolescencia. Husmeaba con gozo la muelle fragancia de las anonas, la parda

acidez del tamarindo, la carnosa blandura de tantas frutas de pulpas rojas y moradas, que en sus recónditos pliegues guardaban semillas suntuosas, con texturas de carey, de ébano o de caoba pulida. Hundía el rostro en la blanca frialdad de las corosolas; rasgaba el amaranto del caimito para buscar, con ávidos labios, las vidriosas grajeas que se ocultaban en las honduras de su carne. Un día, mientras su caballo desensillado retozaba en el agua de un arroyo echando los cuatro cascos arriba, Esteban emprendió la aventura de treparse a un árbol. Y después de vencer la prueba iniciada que le significaba alcanzar las difíciles ramas de acceso, comenzó a ascender hacia el remate de una copa, por un caracol de brazos cada vez más apretados y livianos, sostenes del gran revestimiento de follajes, de la colmena verde, del suntuoso sotechado visto desde dentro por vez primera. Una exaltación inexplicable, rara, profunda, alegraba a Esteban, cuando pudo descansar, a horcajadas, sobre la horquilla cimera de aquella estremecida edificación de maderas y estambres. Trepar a un árbol es una empresa personal que acaso no vuelva a repetirse nunca. Quien se abraza a los altos pechos de un tronco, realiza una suerte de acto nupcial, desflorando un mundo secreto, jamás visto por otros hombres. La mirada abarca, de pronto, todas las bellezas y todas las imperfecciones del Arbol. Se sabe de las dos ramas tiernas, que se apartan como muslos de mujer, ocultando en su juntura un puñado de musgo verde; se sabe de las redondas heridas dejadas por la caída de los vástagos secos; se sabe de las esplendorosas ojivas de arriba, tanto como de las bifurcaciones extrañas que llevaron todas las savias hacia un madero favorecido, dejando el otro en escualidez de sarmiento bueno para las llamas. Trepar a su mirador, entendía Esteban la relación arcana que tanto se había establecido entre el Mástil, el Arado, el Arbol. Los grandes signos del «Aau», del Aspa de San Andrés, de la Serpiente de Bronce, del Ancora y de la Escala, estaban implícitos a todo Arbol, anticipándose lo Creado a lo Edificado, dándose normas al Edificador de futuras Arcas... Las sombras del atardecer sorprendían a Esteban en el mecimiento de algún alto tronco, entregado a una soño-

lienta voluptuosidad que hubiera podido prolongarse indefinidamente. Entonces pintábanse con nuevas siluetas ciertas criaturas vegetales de abajo: los papayos, con sus ubres colgadas del cuello, parecían animarse, emprendiendo la marcha hacia las lejanías humosas de La Souffrière; la Ceiba, «madre de todos los árboles» —como decían los sabios negros—, se hacía más obelisco, más columna rostral, más monumento y elevación sobre las luces del crepúsculo. Algún mango muerto se transformaba en un haz de serpientes detenidas en el impulso de morder, o bien, vivo y rebosante de una savia que le rezumaba por la corteza y las cáscaras jaspeadas, florecía repentinamente, encendiéndose en amarillo. Esteban seguía la vida de estas criaturas con el interés que podía inspirarle el desenvolvimiento de alguna existencia zoológica. Primero aparecían las frutas en germen, semejantes a verdes abalorios, cuyo áspero zumo tenía un sabor de almendras heladas. Luego, aquel organismo colgante iba cobrando forma y contorno, alargándose hacia abajo para definir el perfil cerrado por un mentón de bruja. Le salían colores a la cara. Pasaba de lo musgoso a lo azafranado y maduraba en esplendores de cerámica —cretense, mediterránea, antillana siempre— antes de que las primeras manchas de la decrepitud, en pequeños círculos negros, comenzaran a horadar sus carnes olorosas a tanino y yodo. Y una noche, al desprenderse y caer con sordo ruido entre las yerbas mojadas por el rocío, era anuncio de muerte próxima para el fruto, con aquellos lunares que se iban ensanchando y ahondando hasta abrirse en llagas habitadas por las moscas. Como cadáver de prelado en Danza Macabra ejemplar, lo caído se iba despojando de piel y entrañas, hasta quedar en el hueso de una semilla listada, incolora, envuelta en hilachas de sudario. Pero aquí, en este mundo sin muertes invernales ni resurrecciones en Pascuas Floridas, el ciclo de la vida se reanudaba sin demora: semanas después, de la semilla yacente brotaba, semejante a un minúsculo árbol asiático, un retoño de hojas rosadas, de una suavidad tan semejante a la de la piel humana, que las manos no se atrevían a tocarlas... A veces, Esteban era sorprendido en sus viajes a través

de la hojarasca por algún aguacero, y entonces comparaba el joven, en su memoria auditiva, la diferencia que había entre las lluvias del Trópico y las monótonas garúas del Viejo Mundo. Aquí, un potente y vasto rumor, en tiempo maestoso, tan prolongado como un prelude de sinfonía, anunciaba de lejos el avance del turbión, en tanto que los buitres tiñosos, volando bajo en círculos cada vez más cerrados, abandonaban el paisaje. Un delicioso olor a bosques mojados, a tierra entregada a humus y savias, se expandía hacia el universal olfato hinchando el embozo de las aves, agachando las orejas del caballo —infundiendo al hombre una rara sensación de apetencia física; vago deseo de estrecharse con una carne de ansias compartidas. El rápido ensombrecimiento de la luz se acompañaba de secos capirotazos en las más altas ramazones, y, de repente, era la caída de lo gozoso y frío, hallando distintas resonancias en cada materia —dando la afinación de la enredadera y del plátano, el diapasón de lo membranoso, la percutiente sonoridad de la hoja mayor. El agua era rota, muy arriba por la copa de las palmeras que la arrojaban, cual por tragantes de catedral, sobre la grave y tamborileante resonancia de palmas menores; y rebotaban las gotas en los parches de un verde tierno antes de caer sobre follajes tan apretados que al llegar al nivel de las malangas tensas como piel de pandero habían sido mil veces divididas, fraccionadas, nebulizadas, por los distintos pisos de la masa vegetal —antes de promover, a ras del suelo, el júbilo de las gramas y los espartos. El viento imponía sus tempos a la vasta sinfonía, que no tardaba en transformar los arroyos en riadas, con estrepitosos desprendimientos de guijarros precipitados en alud; tumultuosos descensos que rebasaban los cauces, arrastrando piedras de arriba, troncos muertos, gajos de muchos garfios, raíces tan enredadas de flecos y de tiras que al llegar al limo de abajo se detenían como naves encalladas. Y luego se calmaba el cielo, se dispersaban las nubes, se prendía el crepúsculo y proseguía Esteban su viaje, sobre un caballo mojado y vivo, bajo un rocío de árboles que se identificaban por las voces propias en un vasto Magnificat de olores... Cuando Esteban

volvía de tales andanzas regresando a Pointe-à-Pitre, se sentía ajeno a la época; forastero en un mundo sanginario y remoto, donde todo resultaba absurdo. Las iglesias permanecían cerradas cuando, acaso, las habían vuelto a abrir en Francia. Los negros habían sido declarados ciudadanos libres, pero los que no eran soldados o marinos por la fuerza, doblaban el lomo de sol a sol, como antes, bajo la tralla de sus vigilantes, detrás de los cuales se pintaba, por añadidura, el implacable azimut de la guillotina. Ahora los niños recién nacidos se llamaban Cincinato, Leónidas o Licurgo, y se les enseñaba a recitar un Catecismo Revolucionario que ya no correspondía a la realidad —como en el Club de Jacobinos recién creado seguían hablando del Incorruptible como si aún estuviese vivo. Las moscas cebadas revoloteaban sobre las tablas pringosas del patíbulo, en tanto que Víctor Hugues y sus jefes militares se estaban mal acostumbrando a dormir largas siestas bajo mosquiteros de tul, entre mulatas que les velaban el sueño, abanicándolos con pencas de palmera.

XXIII

Con casi femenina ternura dolíase Esteban de la creciente soledad de Víctor Hugues. Seguía el Comisario desempeñando su papel con implacable rigor, apurando a los tribunales, sin dar tregua a la guillotina, remachando retóricas de ayer, dictando, editando, legislando, juzgando, metido en todo, pero quien bien lo conocía se daba cuenta de que su excesiva actividad era movida por un recóndito deseo de aturdirse. Sabía que muchos de sus más obedientes subordinados soñaban con ver llegar el papel sellado que trajera el decreto de su destitución copiado por pluma de fiel amanuense. El joven hubiese querido estar a su lado, acompañarlo, sosegarlo, en tales momentos. Pero el Comisario, cada vez más esquivo, se encerraba para leer hasta la madrugada, o iba, al atardecer,

en coche que sólo compartía a veces con De Leyssegues, a la ensenada del Gozier donde, sin más traje que unas bragas de hilo, se daba a remar hasta la isla deshabitada, de donde sólo regresaba cuando aparecían las plagas nocturnas, salidas de los manglares costeros. Repasaba las obras de oradores antiguos, preparando acaso una defensa en la cual quería mostrarse elocuente. Sus órdenes se hacían apresuradas y contradictorias. Era sujeto a imprevisibles accesos de ira que se traducían en la repentina destitución de sus allegados o en la imposición de una condena a muerte que todos daban por conmutada. Una mañana de mal amanecer ordenó que los restos del General Dundas, antiguo gobernador británico de la isla, fuesen desenterrados y arrojados a la vía pública. Durante horas, los perros, trabados en pelea, se arrebataron los mejores trozos de la carroña llevando de calle en calle, inmundos despojos humanos aún adheridos al uniforme de gala con el cual había sido enterrado el jefe enemigo. Esteban hubiera querido tener poderes para aplacar aquel ánimo conturbado, puesto en alerta por la primera vela inesperada que apareciera en el horizonte, cuya soledad aumentaba a medida que crecía su dimensión histórica. Recio y duro, dotado de genio militar, arrojado como pocos, había tenido en esta isla un éxito que sobrepasaba, en mucho, otros logros de la Revolución. Y, sin embargo, un remoto viraje político, ocurrido allá, muy lejos, donde ya se sabía que, sucediendo al Terror Rojo, se había desatado un Terror Blanco, accionaban las fuerzas desconocidas que entregarían la colonia, probablemente, a gentes incapaces de gobernarla. Para colmo se sabía también que Dalbarade, el protector de Víctor Hugues, tan vigorosamente defendido por Robespierre cuando se le acusara de haber protegido a un amigo de Dantón, se había pasado al bando termidoriano. Asqueado por tales sucesos, reaccionando contra una aprensión de noticias que no acababan de llegarle, el Comisario se dio a apurar los preparativos de una empresa que venía madurando, con el Contraalmirante De Leyssegues, desde hacía varios meses. «¡Vayan todos a la mierda! —gritó un día, pensando

en los que examinaban su situación, en París—. Cuando lleguen con sus papeles limpia-culos seré tan poderoso que podré restregárselos en la cara.»

Y cierta mañana se advirtió una insólita actividad en el puerto. Varias naves ligeras —balandras, sobre todo— eran sacadas a tierra y puestas en entibado para la carena. En las naves mayores trabajaban carpinteros, calafates, embreadores, hombres de brocha, sierra y martillo, concertados en alborotosa faena, mientras los artilleros trasladaban cañones livianos a bordo, llevándolos en botes de espadilla. Asomado a una ventana de la vieja Alhóndiga del Comercio Extranjero, Esteban pudo observar que una de las menores tareas consistía en cambiar los nombres de los barcos. De pronto, la *Calypso* quedaba transformada en la *Tyrannicide*, la *Semillante* en la *Carmagnole*, *L'Hirondelle* en la *Marie-Tapage*, el *Lutin* en el *Vengeur*. Y nacían luego, sobre las tablas viejas que tanto hubiesen servido al Rey, los títulos nuevos, pintados con caracteres bien visibles, de la *Tintamarre*, la *Cruelle*, *Ça-Ira*, la *Sans-Jupe*, *L'Athenienne*, el *Poignard*, la *Guillotine*, *L'Ami du Peuple*, el *Terroriste*, la *Bande Joyeuse*. Y la *Thétis*, curada de las heridas recibidas durante el bombardeo de Pointe-à-Pitre, pasaba a llamarse *L'Incorruptible*, seguramente por voluntad de un Víctor Hugues que sabía jugar con la neutralidad genérica de ciertas palabras. Esteban se preguntaba la razón de aquel zafarrancho, cuando Mademoiselle Athalie Bajazét le hizo saber que se le esperaba urgentemente en el despacho del Jefe. Las copas de ponche que se llevaba una de sus fámulas revelaban que el Comisario había bebido un poco —aunque conservara la sorprendente seguridad de gestos y de pensamiento que el licor, lejos de menguar, solía afianzar en él. «¿Tienes mucho empeño en quedarte aquí?», dijo, sonriente. La pregunta era tan inesperada que Esteban se adosó a una pared, revolviéndose el pelo con mano agitada. Hasta ahora, la imposibilidad de marcharse de la Guadalupe había sido tan evidente que jamás se le hubiera ocurrido pensar en eso. El otro insistía: «¿Tienes mucho empeño en permanecer en la Pointe-à-Pitre?» En la imaginación

de Esteban se pintó un barco providencial, luminoso, de velas anaranjadas por los fulgores de un hermoso poniente, destinado a alguna fuga. Acaso el Comisario, amenazado por una carta, doblegado por íntimas angustias, se había resuelto a dejar sus investiduras, pasando a algún puerto holandés, desde donde pudiera navegarse libremente a cualquier parte. Se sabía que el anhelo de muchos, en la desbandada de robespierristas que ahora había empezado, era de llegar a Nueva York donde existían algunas imprentas francesas, listas a publicar memorias y alegatos. Y tampoco faltaba, en la colonia, quien soñara con Nueva York. Refiriéndose a sí mismo, Esteban habló francamente: No veía ya cuál podía ser su utilidad en esta isla que pronto sería regida por Personas Desconocidas. Era evidente que la reacción barrería con todos los funcionarios actuales. (Miraba hacia los baúles y maletas que ya empezaban a subir al despacho, traídos a lomo de cargadores, amontonándose en los rincones que Víctor señalaba). Además, él no era francés. Y, por lo mismo, sería tratado como tratan los de una facción política a los extranjeros entrometidos en un bando adverso. Su suerte sería, tal vez, la de Guzmán o Marchena. Si le ofrecían los medios de irse, se iría sin vacilar... La cara de Víctor se había endurecido singularmente durante la confesión. Cuando Esteban se percató de ello, era demasiado tarde: «¡Pobre imbécil! —gritaba el otro—. ¿Así que ya me das por vencido, destituido, aniquilado por la chusma termidoriana? ¿Eres de los que comparten el secreto alborozo de quienes me quisieran ver llevado a París entre dos guardias? ¡Bien me dijo la mulata ésa, querida tuya, que te pasabas el tiempo hablando de derrotismos con el viejo hideputa de Loeuillet! ¡Buenos sueldos he pagado a la cabrona para que me cuente! ¿Conque quieres largarte antes de que esto se termine? Pues... ¡No se terminará!... ¿Me oyes?... ¡No se terminará!» «¡Cuánta porquería!», gritó Esteban, exasperado contra sí mismo por haberse franqueado a quien le había tendido una celada, después de hacerlo vigilar por la mujer que compartía su lecho. El otro adoptó un tono de mando: «Hoy mismo vas a pasar con tus registros, recados de escribir, armas y bagajes, al

Ami du Peuple. Así descansarás un poco de lo que llamas hipócritamente, lo sé, "mis inevitables crueldades". Yo no soy cruel. Hago lo que debo hacer. No es lo mismo». Amansó el tono como si charlara distraídamente con alguno de sus lugartenientes y, mirando hacia los árboles de la Plaza de la Victoria, que ya cargaban con hojas nuevas sobre los tallos recios plantados, explicó a Esteban que la presión británica seguía pesando sobre la isla; que en la Barbados se iba a concentrar una flota enemiga, y que era preciso adelantarse a los acontecimientos. En punto a esta estrategia naval, sólo el corso, el auténtico corso—el clásico, el grande, el único— había dado resultados en el ámbito del Caribe, usándose de naves móviles y ligeras, fáciles de guarecer en ensenadas de poco fondo, de maniobrar en parajes erizados de corales, que siempre habían aventajado a los pesados galeones españoles de otros tiempos y hoy aventajarían a las naves inglesas demasiado armadas. Las Flotas Corsarias de la República Francesa operarían por pequeñas escuadras, con plena autonomía de acción, en una zona delimitada por la Tierra Firme, que abarcaría el ámbito de todas las posesiones inglesas y españolas de las Antillas, sin restricciones de latitud, aunque cuidándose de no molestar a los holandeses. Alguna nave, desde luego, podía caer en manos del enemigo para gran contento de quienes fuesen infieles a la Revolución. («Que los hay, los hay», decía Víctor, acariciando un espeso legajo de informes confidentiales donde la relación garabateada en papel de estraza se acercaba con la sutil denuncia, trazada anónimamente, sin faltas de ortografía, en finas hojas afiligranadas). Los desertores gozaban de mayor indulgencia cuando a tiempo sabían arrancarse el gorro frigio. Eran presentados a los periodistas como víctimas de un régimen intolerable, y más si eran franceses. Se les hacía hablar de sus desengaños y padecimientos, bajo una tiranía peor que todas las conocidas, facilitándoseles los medios de regresar al hogar donde, arrepentidos, narrarían sus malandanzas en los despeñaderos de irrealizables utopías. Esteban se indignó ante la intención que le era atribuida: «Si crees que soy capaz de prestarme a eso... ¿por qué me embarcas en

una de tus naves?» El otro le topó la cara con la nariz, como quien remedara un altercado de marionetas: «Porque eres un excelente escribano y necesitamos uno por cada flota para levantar el Acta de las Presas y hacer los inventarios muy de prisa, antes de que algún bribón meta las uñas en lo que pertenece a la República». Y tomando una pluma y una regla, el Comisario trazó seis columnas en una ancha hoja de papel: «Acércate —dijo— y no pongas esa cara de burro. Llevarás el *Libro de Presas* de la manera siguiente: Primera columna: *Producto bruto*; Segunda columna: *Producto de ventas y subastas* (si las hubiere); Tercera columna: *5 por ciento para los inválidos habidos en las naves*; Cuarta columna: *15 céntimos para el cajero de los inválidos*; Quinta columna: *Derechos de los capitanes corsarios*; Sexta columna: *Gastos legales para el envío de las liquidaciones* (si por algún motivo hubiera que mandarlas con otra escuadra). ¿Está claro?»... Víctor Hugues, en aquel momento, parecía un buen tendero provinciano, entregado a la labor de hacer un balance de fin de año. Hasta en el modo de tener la pluma, le quedaba algo del antiguo comerciante y panadero de Port-au-Prince.

Doculinks

3. «**President Monroe's seventh annual message to Congress, December 2, 1823**», avalon.law.yale.edu/19th_century/monroe.asp (1° gennaio 2011), **Yale Law School, Lillian Goldman New Library, The Avalon Project, Documents in Law**

Monroe Doctrine; December 2 1823

The Monroe Doctrine was expressed during President Monroe's seventh annual message to Congress, December 2, 1823:

. . . At the proposal of the Russian Imperial Government, made through the minister of the Emperor residing here, a full power and instructions have been transmitted to the minister of the United States at St. Petersburg to arrange by amicable negotiation the respective rights and interests of the two nations on the northwest coast of this continent. A similar proposal has been made by His Imperial Majesty to the Government of Great Britain, which has likewise been acceded to. The Government of the United States has been desirous by this friendly proceeding of manifesting the great value which they have invariably attached to the friendship of the Emperor and their solicitude to cultivate the best understanding with his Government. In the discussions to which this interest has given rise and in the arrangements by which they may terminate the occasion has been judged proper for asserting, as a principle in which the rights and interests of the United States are involved, that the American continents, by the free and independent condition which they have assumed and maintain, are henceforth not to be considered as subjects for future colonization by any European powers. . .

It was stated at the commencement of the last session that a great effort was then making in Spain and Portugal to improve the condition of the people of those countries, and that it appeared to be conducted with extraordinary moderation. It need scarcely be remarked that the results have been so far very different from what was then anticipated. Of events in that quarter of the globe, with which we have so much intercourse and from which we derive our origin, we have always been anxious and interested spectators. The citizens of the United States cherish sentiments the most friendly in favor of the liberty and happiness of their fellow-men on that side of the Atlantic. In the wars of the European

powers in matters relating to themselves we have never taken any part, nor does it comport with our policy to do so. It is only when our rights are invaded or seriously menaced that we resent injuries or make preparation for our defense. With the movements in this hemisphere we are of necessity more immediately connected, and by causes which must be obvious to all enlightened and impartial observers. The political system of the allied powers is essentially different in this respect from that of America. This difference proceeds from that which exists in their respective Governments; and to the defense of our own, which has been achieved by the loss of so much blood and treasure, and matured by the wisdom of their most enlightened citizens, and under which we have enjoyed unexampled felicity, this whole nation is devoted. We owe it, therefore, to candor and to the amicable relations existing between the United States and those powers to declare that we should consider any attempt on their part to extend their system to any portion of this hemisphere as dangerous to our peace and safety. With the existing colonies or dependencies of any European power we have not interfered and shall not interfere. But with the Governments who have declared their independence and maintain it, and whose independence we have, on great consideration and on just principles, acknowledged, we could not view any interposition for the purpose of oppressing them, or controlling in any other manner their destiny, by any European power in any other light than as the manifestation of an unfriendly disposition toward the United States. In the war between those new Governments and Spain we declared our neutrality at the time of their recognition, and to this we have adhered, and shall continue to adhere, provided no change shall occur which, in the judgement of the competent authorities of this Government, shall make a corresponding change on the part of the United States indispensable to their security.

The late events in Spain and Portugal shew that Europe is still unsettled. Of this important fact no stronger proof can be adduced than that the allied powers should have thought it proper, on any principle satisfactory to themselves, to have interposed by force in the internal concerns of Spain. To what extent such interposition may be carried, on the same principle, is a question in which all independent powers whose governments differ from theirs are interested, even those most remote, and surely none of them more so than the United States. Our policy in regard to Europe, which was adopted at an early stage of the wars which have so long agitated that quarter of the globe, nevertheless remains the same, which is, not to interfere in the internal concerns of any of its powers; to consider the government de facto as the legitimate government for us; to cultivate friendly relations with it, and to preserve those relations by a frank, firm, and manly policy, meeting in all instances the just claims of every power, submitting to injuries from none. But in regard to those continents circumstances are eminently and conspicuously different.

It is impossible that the allied powers should extend their political system to any portion of either continent without endangering our peace and happiness; nor can anyone believe that our southern brethren, if left to themselves, would adopt it of their own accord. It is equally impossible, therefore, that we should behold such interposition in any form with indifference. If we look to the comparative strength and resources of Spain and those new Governments, and their distance from each other, it must be obvious that she can never subdue them. It is still the true policy of the United States to leave the parties to themselves, in hope that other powers will pursue the same course. . . .

4. «Constitución política de la Monarquía española promulgada en Cadiz a 19 de marzo 1812»

Biblioteca Virtual Instituto Cervantes

<http://bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12260843118006070754624/index.htm>